



La música de las palabras

Mirar Distinto - Colaboratorio LEO

Guillermo Cardona Marín
Camilo Suárez Roldán

Mirar Distinto - Colaboratorio LEO

© Colección Observatorio
de Lectura
© Fondo Editorial Comfenalco

ALCALDÍA DE MEDELLÍN
Federico Gutiérrez Zuluaga
Alcalde de Medellín

Santiago Silva Jaramillo
Secretario de Cultura Ciudadana

Andrés Sarmiento Villamizar
*Subsecretario de Bibliotecas,
Lectura y Patrimonio*

Herman Montoya Gil
*Líder de programa Secretaría
de Cultura Ciudadana*

COMFENALCO ANTIOQUIA
Esteban Gallego Restrepo
Director

Carolina Franco Giraldo
*Gerente de Bienestar Social
e Intelectual*

Leidy Johana Galvis Mejía
Líder de Servicios Bibliotecarios

Andrés Felipe Ávila Roldán
*Coordinación del Área
de Fomento de la Lectura*

Guillermo Cardona Marín
Camilo Suárez Roldán
Autores

Diego Aristizábal
Anamaría Bedoya Builes
Coordinación editorial

Diana Carolina Giraldo
Apoyo editorial

Paula Camila O. Lema
Corrección de estilo

Manuela Correa
Ilustración y diseño

Impreso en Medellín

ISBN 978-958-8479-42-2

Primera edición, julio de 2024
Medellín, Colombia
Distribución gratuita

© Distrito Especial de Ciencia,
Tecnología e Innovación de
Medellín, 2024

© Comfenalco Antioquia, 2024

Derechos reservados
de los autores para textos
e imágenes, 2024

La música de las palabras

Mirar Distinto - Colaboratorio LEO

Guillermo Cardona Marín
Camilo Suárez Roldán

Una publicación de:

Vigilado Superintendencia

Comfenalco
Antioquia

PCLEO
En Medellín
tenemos la palabra

Alcaldía de Medellín
Oficina de
Ciencia, Tecnología e Innovación

FICHA CATALOGRÁFICA

808.803578

C266

Cardona Marín, Guillermo

La música de las palabras: Colaboratorio LEO / Guillermo Cardona Marín, Camilo Suárez Roldán; Manuela Correa Upegui, ilustradora; coordinación editorial, Anamaría Bedoya Builes, Diego Aristizábal. Medellín: Alcaldía de Medellín; Comfenalco Antioquia, 2024.

76 p.; il. – (Mirar Distinto, Observatorio de Lectura)

ISBN: 978-958-8479-42-2

1. Música y literatura 2. Arte de escribir 3. Composición musical I. Cardona Marín, Guillermo II. Suárez Roldán, Camilo III. Bedoya Builes, Anamaría IV. Aristizábal, Diego V. Título

Las entrevistas que reúne esta colección son una confluencia de inagotable curiosidad, rigor académico, aprendizaje experiencial, vida cotidiana y escucha atenta. Son una manifestación de las prácticas de lectura, escritura y oralidad; evidencia de que estas suceden en colaboración y nos posibilitan expandir las ideas, profundizar el pensamiento y cultivar empatía. Nos permiten descubrir y generar reciprocidad entre diferentes saberes. Nos impulsan a ser una humanidad más armónica en palabras, gestos e imaginación, motivándonos a mirar distinto.

Música y palabras nos acompañan constantemente e influyen en el ritmo de nuestras vidas. En esta entrevista del escritor Guillermo Cardona al músico y poeta Camilo Suárez, nos adentramos en la inherente relación de estas dos expresiones que han sido para el entrevistado, a cambio de unos ojos miopes, medio para percibir y expresar su mundo, cantarlo, poetizarlo y compartirlo en el escenario, en el salón de clase o en la soledad de su casa. Las historias, referencias, canciones y poemas en este diálogo contagian de curiosidad, como al niño que destapa la radio para develar el misterio de las voces, y nos anima a buscar —a escuchar— la música, a veces secreta, de las palabras.

Guillermo Cardona Marín

Escritor y periodista. En 2005 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura a novela inédita con *El jardín de las delicias*. Autor de las novelas *La bestia desatada* (2007), *Batallas de Champiñón* (2011) y *Las misas negras de san Pablo* (2015); editor invitado del libro de crónicas *Amores que parchan en las esquinas*, título n.º 156 de Palabras Rodantes, Comfama y Metro de Medellín, 2024. Actualmente es asesor académico del Plan Ciudadano de Lectura, Escritura y Oralidad de Medellín.

Camilo Suárez Roldán

Profesor de la Escuela de Artes y Humanidades de la Universidad EAFIT. Ha publicado poemas y otros textos en revistas, periódicos y compilaciones, así como el libro de poesía *Ladran perros* (2020) y el ensayo *Celebración del poema* (2021). Es integrante de los grupos musicales Bajo Tierra y Parlantes.

Nota biográfica

Antes de adentrarnos en la entrevista concedida por Camilo Suárez para esta publicación sobre *La música de las palabras*, debemos decir que nuestro personaje invitado a este nuevo ciclo de Mirar Distinto - Colaboratorio LEO se puede definir como de alto contraste.

Por un lado, es abogado de la Universidad de Medellín, doctor en humanidades, magíster en estudios humanísticos y especialista en hermenéutica literaria de la Universidad EAFIT, donde también es profesor e integrante del grupo de investigación Estudios de Filosofía, Hermenéutica y Narrativas. Por el otro, es poeta y estudioso de la poesía, de lo cual dan cuenta sus libros *Ladran perros* (Atarraya, 2020) y *Celebración*

del poema (Editorial EAFIT, 2021). En sus poemas, Camilo juega con las palabras y aprovecha voces, giros y términos nuestros que le dan sentido y universalidad a ese recorrido pausado y tranquilo por montañas y ríos, por las calles de la ciudad en compañía de los amigos. En el ensayo *Celebración del poema*, nos invita a explorar la dimensión festiva y comunitaria, casi litúrgica, del acontecer poético. Y, sin mencionar las aristas de su vida personal y familiar, ha tenido el tiempo, la disposición y el talento para ser integrante de dos emblemáticas bandas que ya son parte de la historia del rock de nuestra ciudad: Bajo Tierra y Parlantes, y que se destacan por haber construido un sonido propio, depurado, lleno de referencias literarias, bohemias, humorísticas, de amores y pieles, de dolores y oprobios.

*Y mi madre pasea allá en los huertos,
saboreando un sabor ya sin sabor.*

*Está ahora tan suave,
tan ala, tan salida, tan amor.*

César Vallejo

*Rengo y menguado ahora debo aullar,
medrar, ladrar
el sueño pagado de los turistas.*

Camilo Suárez

Mientras que para Marcel Proust el pasado emergía de su interior gracias al sabor y el olor de una magdalena empapada en té, a Camilo Suárez los recuerdos lo asaltan cuando lo sorprende el cuchicheo lejano de una emisora, el crepitar de la lluvia en los tejados, el rumor de un río, los ladridos de los perros. La contracara de la epifanía proustiana tiene su poética e involuntaria explicación en el hecho de que Camilo en su niñez era bastante corto de vista, para decirlo con dulzura, y no tenía forma de entender que el mundo no era esa cosa imprecisa y borrosa que le decían sus ojos. Pero escuchaba.

—Seguro por eso el sonido tuvo mucho que ver con la forma como me relacioné con

el mundo en esos primeros años —dice—. Yo no veía nada pero ni me daba cuenta, hasta que una tía le insistió y le insistió a mi mamá: “llevá ese muchachito al oftalmólogo que se acerca mucho al televisor, mirá que se pega mucho a las revistas”.

En efecto, sufría de una miopía severa, y no solo necesitaba una extensión de la visión sino también, siguiendo a Borges, del cerebro.

—Cuando me pusieron gafas fue toda una revelación: las sonrisas de las personas no eran planas sino que tenían una marcación entre diente y diente, los muros de los edificios no eran de un solo color sino que se distinguía cada ladrillo. Eso fue algo realmente extraordinario.

Todo indica que se alcanzó a ver por primera vez hasta los dedos de los pies, y pudo detallar sus facciones en el espejo. Refrendó esa sorpresa de *volver a ver* muchos años después, ya por los cuarenta,

cuando, luego de mucha insistencia, su oftalmólogo lo convenció de someterse a una cirugía para acabar de una buena vez con su condición de miope.

—Acepté, me operaron, y volví a sentir esa misma conmoción de ver por primera vez, ya sin gafas, los adoquines del piso, y esos detalles que están por fuera del encuadre de los lentes y que el cerebro se acostumbra a ignorar. Era como el redescubrimiento del mundo.

Y, claro, ya sin esas gafas que el sufrido paciente a veces se quita para descansar, también se evidenciaban los defectos del entorno: el desgaste del barniz de la mesa del comedor, la raspadura en la punta del zapato, esa grieta en el pocillo preferido.

—Mi esposa de hecho me decía: “no me mirés mucho”.

Tiempo después, debió afrontar varios desprendimientos de retina, y luego, como efecto colateral, otra cirugía, esa vez para

cambiarle el cristalino opaco por uno artificial y sacarlo de la oscuridad de las cataratas. Fueron varios años con problemas de visión muy acentuados. Finalmente, logró recuperarse de ese combate de décadas entre la imagen y el sonido.

Ahora, al reconstruir la historia de su relación con la visión, las palabras y el sonido, se da cuenta de que eso ha sido como un hilo conductor. Un hilo que tiene todo que ver con la música de las palabras, ese milagro que nos llega en la infancia, en el colegio, cuando se nos revelan los secretos de la lectura y la escritura: distinguir cada letra, escribirlas, juntarlas, y darnos cuenta de que eso tiene sentido; que de aquello que leemos podemos formarnos una imagen, e incluso imaginar un paisaje sonoro.

Los juegos con el lenguaje

En el podcast de la Fiesta del Libro y la Cultura, *Cuadernos de lectura: apuntes para armar a un escritor*, Camilo Suárez habla sobre su primer acercamiento a la poesía.

—Esa primera aproximación a la poesía ocurrió siendo escolar, y tuvo mucho que ver con la enciclopedia *El mundo de los niños*, y en especial con un tomo en el que el lenguaje era utilizado de manera particular, en construcciones que permitían que las palabras generaran efectos sonoros y jugaran con el sentido —dice Camilo en el podcast, y entona el estribillo de una canción que acá reproducimos completa:

Don Melitón tenía tres gatos
y los hacía bailar en un plato

y por las noches les daba turrón.
¡Que vivan los gatos de Don Melitón!

Don Melitón como era tan chato
le llamaban narices de gato,
pero los gatos se le han “escapao”
comiendo ratones a medio “bocao”.

De regreso a la mesa del café donde charlamos, Camilo confiesa que también tuvo algo que ver un poema de Juana de Ibarbourou que debió aprenderse de memoria para declamarlo en clase, también en su época de estudiante de primaria.

—Fue importante porque pude entender la relación entre lo que aparecía en las canciones y lo que podía estar en otro lugar y tenía una arquitectura que permitía que el sonido y el sentido se mezclaran, y eso, intuyo hoy, me ayudó a entender que eso es la literatura.

Repite unos pocos versos de *La hora*, de la célebre poeta uruguaya, reconocida por

su voz apasionada y personal y por los tintes eróticos de su obra. Incluimos acá algunos fragmentos de un hermoso poema de Juana de Ibarbourou:

Tómame ahora que aún es temprano
y que llevo dalias nuevas en la mano.
Tómame ahora que aún es sombría
esta taciturna cabellera mía.

Después, ¡ah, yo sé
que ya nada de eso más tarde tendré!
Que entonces inútil será tu deseo,
como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aún es temprano
y que tengo rica de nardos la mano!
Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. ¡Oh amante! ¡No ves
que la enredadera crecerá ciprés?

En su libro *Celebración del poema* (2021), Camilo Suárez afirma:

En el nivel personal, conviene agregar que el trato con la poesía comenzó como un juego con palabras y sentidos, la contemplación gozosa de las posibilidades del artificio que conjugaba música y lenguaje. Luego, esta experiencia admirada se hizo morosa observación, tendiente a potenciar al mayor grado sus efectos, y más tarde el interés por los poemas desembocó en estudio, en la pregunta concernida por su entendimiento, por el o los sujetos del mismo, y por el aura que lo precede como una obra continente de especial significación. Todo esto, sin perder –claro está– la disposición emotiva, buscando incluso su articulación.

Sonido, percepción, sentido. Lectura, traducción, interpretación. Fiesta y celebración.

Algo muy personal, como la canción o el poema que si nos llega, nos pertenece, así no seamos ni el autor de los versos ni el posible intérprete, a falta de buena voz.

El pequeño universo que se expande

Con gafas o sin ellas, durante su infancia y juventud la historia de Camilo estuvo marcada por el sonido, el ritmo, la música y la poesía.

—Desde muy niño me di cuenta de que mi papá siempre tenía un radio, pero nunca me lo prestaba, hasta que se permitió uno de nueve bandas. Era de una marca rusa. Muy pronto me animó a recorrer las bandas, AM y FM, y me dediqué a oír música, noticias, programas cuyas voces me llamaban la atención. En las nueve bandas del AM captaba estaciones de muchos países y en otros idiomas. Y mi papá me vio tan interesado que me trajo de sus

excursiones por el centro un radiecito rojo de pilas, y ahí sí me dediqué de tiempo completo a explorar qué sonaba y a qué horas. La radio de bandas me permitía un rango mucho mayor de alternativas que la televisión. Luego llegaron las grabadoras de cinta, los casetes, la manía de grabar selecciones de la música que más me gustaba, y también me volví aficionado a copiar letras de canciones. Poco a poco fue aumentando también la presencia de la lectura y la escritura, y empezaron a cruzarse esas fuentes con el conocimiento del mundo que se iba expandiendo: primero el patio de la casa, luego la acera, la cuadra, el barrio; más tarde te dejaban viajar solo en bus pa no sé dónde, ya se te presentaba la ciudad. Un proceso que transcurre entre los seis, siete años, hasta los quince o dieciséis, en el que confluyen la familia, el colegio, los amigos, los libros, las canciones y las lecturas.

En su adolescencia, Camilo empezó a interesarse más por la poesía, y tuvo la fortuna de encontrar en su colegio un profe muy bueno, egresado de la Universidad de Antioquia: Óscar Ramiro López.

—Un señor muy juicioso que nos mostró con rigor la literatura en general y la latinoamericana, y nos llevó por otras derivas como el cine. Por él supimos de la existencia del padre Luis Alberto Álvarez, que publicaba una columna dominical dedicada al cine en *El Colombiano*, y Óscar nos decía: “vayan a ver esas películas que él recomienda”.

Entre libros y cintas de cine y de música, Camilo fue uniendo cosas, y comenzó a entender que muchas películas se basaban en cuentos y novelas, y que muchas canciones estaban inspiradas en poemas de grandes autores.

En ese cruce de caminos también jugó un papel importante la biblioteca de su

papá. En su búsqueda de novedades bibliográficas sobre su profesión, el papá se suscribió a la hoy desaparecida Librería Científica, donde, además de mantenerlo al tanto de los avances en medicina, le daban de ñapa una serie de títulos de Bruguera, y el joven Camilo se dejaba embriagar por *Las mil y una noches* o estremecer y asombrar con los cuentos de Edgar Allan Poe.

Por esa misma época, y gracias a *Condorito*, alcanzó a vislumbrar que había libros ilustrados mucho más interesantes, como *Tintín*, y se encontró con la picaresca criolla de *Juan Grillín*, una novela sobre las aventuras de esos abuelos nuestros, que hicieron realidad sus sueños en la desmesura de una geografía quebrada y abrupta, narrada con la musicalidad del habla antioqueña.

Sobre esta historia de Ernesto González, oriundo de Ciudad Bolívar, escribió Elkin Obregón en su columna Caído del zarzo, de *Universo Centro*:

Grillín habita un mundo rabiosamente regional, en el que el habla popular da el tono y pone las condiciones. Pero es también un mundo fantástico, desde el mismo tamaño del héroe, tan pequeño como Pulgarcito, hasta un entorno donde los animales hablan, y los fenómenos naturales tienen alma. Es pues una fábula, llena de milagros primitivos; además, una crónica de superación, la historia de un viaje. Por último, claro guiño a la picaresca, regala una constante desconfianza hacia la autoridad, vista siempre como peligrosa enemiga.

Obregón recuerda dos frases del prólogo que Alberto Aguirre escribió para una reedición del libro publicada en 1979:

Juan Grillín es ante todo un libro de aventuras sobre la saga del pueblo antioqueño. Aquí está la suma del libro.

Este personaje de la desmesura encarna los mitos de un pueblo. Realiza los sueños de una comarca y del hombre que la puebla. Ernesto González escribió una aventura que es un paradigma.

Estas palabras resumen lo que significó Grillín para Camilo en su formación como poeta y letrista de canciones.

Entre profes y amigos

—A pesar de que tenía libros a la mano —cuenta Camilo—, no encontré en la casa a nadie encarretado con la literatura, el cine o la música. Fueron más decisivos los profesores y los compañeros de colegio, como Santiago Andrés Gómez, hoy director de cine, autor de novelas y cuentos, una especie de hermano que uno puede dejar de ver cinco años y al momento del reencuentro todo sigue igual y se empata la conversación como si nos hubiéramos despedido hace cinco minutos. Él fue un interlocutor muy importante, al igual que el profe Óscar, a quien luego reemplazó José Libardo Porras, con quien tuvimos también una conexión muy especial, aunque él debió sufrir mucho porque éramos unos pelaos

de dieciséis, diecisiete años, bastante canciones. Creo que desde la época del bachillerato siempre ha sido la misma dinámica: de los libros al cine y del cine a la música. Y a los amigos, que me presentaron libros, bandas de rock, autores y canciones, me abrieron puertas y me posibilitaron el encuentro con muchos personajes del quehacer artístico y cultural de Medellín.

A través de amigos llegó a Bajo Tierra, y en un encuentro de amigos nació Parlantes. A través de amigos conoció la poesía de Jaime Jaramillo Escobar, y amplió su círculo cuando se metió al taller de escritura que este poeta dirigía en la Biblioteca Pública Piloto, donde conoció a Javier Gil, 'El Grillo', y a Fernando Mora. Por esos años comenzó a estudiar hermenéutica y se tuvo que retirar del taller, pero se siguieron viendo y conversando.

—Con Mora fui varias veces a visitar a Jaime, y en alguna ocasión llegué a su casa con Pascual Gaviria, Juan Carlos Orrego y

Nacho Piedrahíta. Jaime, muy atento, descorchó una botella de vino, y más demoró en servirlo que Orrego en derramarlo sobre uno de sus libros, no recuerdo cuál, pero para él cada uno de sus libros era un tesoro inigualable. Yo pensé que nos iba a echar. En fin, el hombre lo tomó con buen humor y la cercanía se mantuvo.

Para Camilo, una cosa era leer a Jaime Jaramillo y otra ver sus recitales.

—Era toda una puesta en escena, de la que se ocupaba hasta en los más mínimos detalles. Ese día no comía, elegía con cuidado la ropa que iba a llevar y asumía la lectura de sus poemas con un derroche de teatralidad y actuación, combinando dicción y sonoridad, y creando una experiencia que para mí perdura en el tiempo.

Basta recordar su voz y sus gestos al interpretar su *Ruego a Nzamé*:

Dame una palabra antigua para ir a
[Angbala,
con mi atado de ideas sobre la cabeza.
Quiero echarlas a ahogar al agua.

Una palabra que me sirva para
[volverme negro,
quedarme el día entero debajo de una
[palma,
y olvidarme de todo a la orilla del agua.

Dame una palabra antigua para volver
[a Angbala,
la más vieja de todas, la palabra más
[sabia.

Una que sea tan honda como el pez en
[el agua.
¡Quiero volver a Angbala!

Por los amigos comenzó a visitar la Feria del Libro que se realizaba en el Palacio

de Exposiciones antes de llegar al Jardín Botánico transmutada en Fiesta.

—Me gustaba mucho pasar por el stand de la Piloto, donde conocí a Elkin Restrepo, a Víctor Gaviria, a Rafael Baena, unos personajes que estaban en plena producción y te los encontrabas ahí, tomando ron y muertos de la risa.

Andaregueando por ahí y a través de amigos tuvo también oportunidad de conversar con Juan Manuel Roca y con William Ospina, que por entonces andaba metido de lleno en las *Elegías de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos; así se acercó a *Las auroras de sangre* de Ospina y les tomó el gusto a las crónicas de Indias. Luego conoció a Elkin Obregón, por la tira cómica *Los invasores*, y su mundo se siguió ensanchando con las recomendaciones de esos nuevos amigos.

En ese trasegar por Medellín de la mano de sus amigos de Bajo Tierra, el estudio del

fotógrafo Juan Fernando Ospina aparece como un referente importante de la época.

—Era como un punto de encuentro. Ahí hicimos un par de videos, tomábamos fotos para el grupo, o simplemente íbamos a escuchar vinilos que Juan se levantaba vaya a saberse dónde. Del estudio de Juan nos íbamos a cine al Centro Colombo Americano, y de ahí al bar El Guanábano, y luego al Viejo Vapor y al Eslabón Prendido.

En ese estudio se podía cruzar también con distintos grupos de rock de la ciudad, haciendo un video o la carátula del LP, e incluso con los integrantes de la Orquesta Típica Fernández Fierro de Buenos Aires.

—Fue un momento en el que la ciudad se recorría a través de ciertos canales, unos lugares muy apropiados para conocer directores de cine, grupos musicales, un autor que recién había publicado un libro de cuentos o una novela, o a John Galán Casanova, que estaba haciendo poesía

ciudadana en el Guana. Todo muy cómodo y fluido, en una época en la que el orden público era muy complejo y violento.

Días de radio

Volviendo al radio rojo que le dio el papá, Camilo asegura que a finales de los ochenta él pasaba sin problemas de las baladas románticas de *La Voz de Colombia* a los clásicos del rock en *Radio Disco Zh*.

—Un domingo por la noche —dice—, uno podía oír el último disco de Venom (una banda de black metal británica), girar el dial y escuchar a Camilo Sesto o a Miguel Bosé, girar un poco más y encontrar un tema de Los Ayers o una salsa o un tango. Era un poco la manera como transcurría la vida en esa época, cuando todavía estaban en boga las rocolas: los mayores te daban una moneda y te decían: “vaya hunda en el piano F7”, y sonaba *Lamparilla*. Algo de eso nos sucedió en Bajo Tierra con *Las puertas del amor*.

Las puertas del amor
Se cierran en mi cara
Lo nuestro terminó
La cosa está muy clara
Soy ave del dolor
Que canta en tu ventana
Y eso que digo hoy
No lo sostengo mañana

—Éramos un grupo de rock punk, medio *underground*, y a primera vista ese tema no tenía nada qué hacer en nuestro repertorio. Pero para mí resultaba tan natural... Nuestra música dialogaba con el bolero y la salsa, con unos dejes por allá como de Héctor Lavoe y Henry Fiol. Con Parlantes vuelve a ocurrir lo mismo; en los conciertos siempre teníamos un *cover*, y alcanzamos a hacer *Lamparilla*, *Senderito de amor*, *Los ojos indios*...

Su música estaba llena de referencias al universo sonoro de importación anglo, pero

a su vez era muy propia, ecléctica, andina y caribe, tan variada como las vueltas del dial, tan cercana como las cantinas, tan del paisaje sonoro de la época como los ritmos cubanos de La Sonora Matancera, la música ranchera de Pedro Infante y José Alfredo Jiménez, y las voces de María Dolores Pradera y Chavela Vargas.

A orillas del río

Quizás por el enfoque de esta conversación, para Camilo cada experiencia de su infancia tiene relación con esa búsqueda de la expresión y el sonido del poema. Como la finca que su papá le compró al abuelo, donde pasó todas sus vacaciones entre los cuatro y los ocho años, y donde fue testigo de las crecientes del río San Rafael, que ofrecía un espectáculo majestuoso y terrible cuando se salía de madre.

—Era una finca muy rústica, metida en el monte. Allá no se llegaba en carro; había que bajarse en la orilla del San Rafael y pasar el río en una balsa cautiva. Del otro lado estaba la casa, pero arriba, en la montaña. Era una vida de cañaduzal y de molienda, donde lo habitual era bañarse en el río con

totuma, recoger guayabas y arriar vacas, cosas que aprendí a incorporar en mi rutina. Y consideraba que el mundo mío era muy diferente del que vivían mis compañeros de colegio, cuyos padres tenían fincas pero distintas, de recreo, mientras que la de mi papá era de trabajo, más apartada también, sin luz ni agua. Usted iba, pasaba el río, y lo que llevaba era lo que tenía. Eso le daba un carácter de aventura al viaje, y eso me marcó mucho.

Esa historia de la finca y el río adquirió una nueva dimensión cuando cursaba quinto de bachillerato y conoció la poesía de Álvaro Mutis. Tal vez le hayan quedado sonando estos versos:

Al amanecer crece el río, retumban
en el alba los enormes troncos que
vienen del páramo.
Sobre el lomo de las pardas aguas
bajan naranjas maduras, terneros

con la boca bestialmente abierta,
techos pajizos, loros que chillan
sacudidos bruscamente por los
remolinos.

—Cuando comencé a leer a Mutis y me encontré con esos poemas, me pregunté cómo podía ser tan precisa la descripción, cómo las palabras lograban representar el desastre de la creciente con esa claridad y cierta dosis de melancolía. Me tocó tanto, que le regalé a mi mamá un tomo con la poesía completa de Álvaro Mutis; yo sabía que el libro no iba a salir de la casa y me lo podría leer tranquilo.

Esperemos que no haya subrayado ni escrito notas al margen en el libro de la mamá. Lo cierto es que la lectura es como un río desbocado, y un autor lleva a otro autor y un libro a otro libro. Así llegaron unos versos risueños de Góngora:

Manda Amor en su fatiga
que se sienta y no se diga,
pero a mí más me contenta
que se diga y no se sienta.

De Quevedo, quien también terciaba en el amor con sus versos cincelados:

Es hielo abrasador, es fuego helado,
es herida que duele y no se siente,
es un soñado bien, un mal presente,
es un breve descanso muy cansado.

Es un descuido que nos da cuidado,
un cobarde con nombre de valiente,
un andar solitario entre la gente,
un amar solamente ser amado.

De sor Juana Inés de la Cruz y su poema
Este que ves, engaño colorido:

Este que ves, engaño colorido,
que, del arte ostentando los primores,
con falsos silogismos de colores
es cauteloso engaño del sentido;
éste, en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores,
y venciendo del tiempo los rigores
triunfar de la vejez y del olvido,
es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado:
es una necia diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Y de Luis Carlos López, que en su poema *Por el atajo* compara, sin apenas espabilarse, el astro rey con un... Mejor leamos:

Lector: En la pendiente del camino
pedregoso y fatal, donde la inquieta

y arrocina grey agua su vino,
quise coger una gentil violeta...

Mas dieron quince y raya a mi destino,
no sólo una brutal motocicleta
y un H. P. 57, sino
también un trasto inútil de carreta...

Malferido en la cuesta árida y muda
—la flor fue una quimera peliaguda—,
tercié la capa y dije ¡adiós!... El cielo

de un amarillo anémico de alpiste,
me parece risueñamente triste,
y el sol, el padre sol, un gran buñuelo.

Poetas musicales

Para Camilo Suárez, el músico mayor de la poesía colombiana es, sin duda alguna, León de Greiff, con quien uno jamás deja de sorprenderse, como cuando dice en *Son*:

Cuando tango la zampoña
cuando tango el sacabuche
jamás pienso en quien me escuche
ni en quien me allane la moña
Y si la zampoña taño
pizzico así la vihuela
cantando mi cantinela
como trovero de antaño

O en su *Balada del disparatorio báquico, impregnada de múltiples romanticismos - Dícela "El Ebrio"*:

Aquesto dixo El Ebrio, una vegada.
Aquesto dixo con su voz cansada.
Aquesto dixo por la madrugada.

Yo dello non sé nada.

“Bebamos en las cráteras de oro
que laboró el cincel benvenutino,
champagne, bulbente y bullicioso vino”.

Camilo también eleva a esa categoría a Jaime Jaramillo en escena, como señalamos antes, así como a Luis Carlos López, a Porfirio Barba Jacob y su *Canción de la vida profunda*, a Luis Vidales con sus timbres sonoros, a Helí Ramírez y sus barrios bajos altos y, por supuesto, a Candelario Obeso y su obra negra:

¿Quieren la guerra
Con lo cachacos?

Yo no me muevo,
Re aqui e mi rancho;...
Si alguno intenta
Subí a lo arto,
Buque ejcalera,
Poc otro lao!...

Una categoría en la que ocupan sitial de honor César Vallejo y Jorge Luis Borges.

Letras y música

Camilo es uno de esos bichos raros capaces de integrar diversas formas de ver, sentir y vivir el arte. Por eso en los temas de Bajo Tierra y Parlantes es normal escuchar versos de Vicente Huidobro y León de Greiff, frases de un cuento de José Félix Fuenmayor o algunos sueños de Calderón de la Barca, además de narraciones deportivas, noticias, intervenciones en inglés o fragmentos de *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos. En los conciertos de Bajo Tierra, cuando interpretaban *El pobre*, sobresalía la voz de Camilo narrando esa novela:

Con dos te miro, mis ojos, sin los cuales
estén como ciegos los tuyos, de cabeza
tu juicio y tu orgullo, entre los santos de

espaldas para que no te alcance su gracia. Con tres te ato: con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. ¡Hombre! Que yo te vea más humilde ante mí que Cristo ante Pilatos.

Porque el asunto con la letra de *El pobre* es que es, justamente, un conjuro, entonces pudo más Rómulo Gallegos que Juan Gabriel y su “no tengo dinero ni nada que dar, lo único que tengo es amor para amar”. Y el conjuro se vuelve maldición:

Ella maldijo mi nombre
Por ser un amante, un amante pobre
Ella maldijo mi nombre
Por ser un perro más duro que un roble

Camilo recuerda que él se integró a Bajo Tierra después de que grabaron su primer álbum. Iba por la mitad de su carrera de derecho. Los de la banda eran amigos muy

cercanos, y comenzó a acompañarlos a todos los ensayos. De tanto ir se aprendió las letras, y comenzó a cantarlas y a incluir poemas, fragmentos de cuentos y crónicas, no como referencias literarias sino como una forma de enlazarlas con otras historias, y también como una manera de rendir un pequeño tributo a esos grandes maestros que nos mueven el piso y nos animan a seguirlos.

—Llegó un momento en el que Lucas, guitarrista y vocalista de la banda, me dijo: “vos venís a todos los ensayos, ya te sabés las canciones, dejá de cantar ahí sentado, vení a cantar en este micrófono y me ayudás a mí, que estoy tocando la guitarra”. Yo me paré frente al micrófono y nos entendimos de una. Y no solo cantaba el tema, sino que empecé a cantar y a decir otras cosas. Ya luego el problema con Lucas era: “vení, si vos hacés o decís algo cuando estamos ensayando, no tenés por qué dejar

de hacerlo en los conciertos, tenés que hacer siempre exactamente lo mismo”. Es decir, ya tenían medido el tiempo del carretazo, y esperaban que yo terminara de hablar pa entrar en el fraseo musical con la guitarra.

Así siguieron por un tiempo hasta que Federico López, el productor, le informó a Camilo que la manera como estaban estructuradas las voces iba a cambiar: “La voz tuya va a ser la voz líder”.

Ese nuevo rol marcó su ingreso definitivo al escenario musical, y tuvo que afinar su estilo y su manera de poblar y mantener ese espacio que le habían permitido ocupar. Sus intervenciones cambiaron los temas ya grabados y determinaron el rumbo de los nuevos.

A veces lo que encendía la chispa de la letra de una canción era una noticia, como la del combate de Jimmy García, un boxeador barranquillero que se cambió de

categoría para disputarle el título a Gabriel Ruelas. La pelea se realizó en Las Vegas el 6 de mayo de 1995. El campeón molió a golpes al colombiano, pero García se negó a tirar la toalla. Quería llegar hasta el último asalto. En el onceavo *round*, el árbitro detuvo la pelea, pero ya era demasiado tarde. García colapsó y fue llevado al hospital, donde fue intervenido quirúrgicamente. Murió trece días después.

Como testimonio de la tragedia, quedó una canción de Bajo Tierra, *Jimmy García*, con algo de Joe Arroyo y de un capítulo de la serie *Viaje a las estrellas*:

De un pueblo de pescadores, mis
[piernas las más veloces
Carnada de promotores
Noquearon mis ilusiones
Cada que subo al ring dejo de rezar
El cuerpo ya no me importa, yo voy a
[ganar

Cada vez que me dan, cada que me
[pegan
Cada que caigo al piso me vuelvo a parar
Cada que caigo al piso me vuelvo a parar
Salta... Levántate
Que cuenten en tu memoria
Campeón espiritual, hombre sin igual

—En el 98 —cuenta Camilo—, Codiscos ve en el rock en español un filón muy importante y contrata a una mánager mexicana, la que manejaba a Caifanes, y le entrega los grupos Ekymosis y Bajo Tierra. Pero la relación con nosotros no fue muy buena y siguió con Juanes en solitario. En ese momento vivimos una situación extraña, porque todo podía pasar pero no pasó nada. Entonces el grupo comenzó a desintegrarse: el baterista se fue a tocar con un grupo a Centroamérica, Lucas decidió irse para Bogotá, y yo opté por aceptar la invitación de un amigo y me fui para Bélgica a estudiar literatura.

A comienzos del nuevo milenio, se juntó con Juan Fernando Ospina y con algunos músicos para montar un proyecto que se llamaba *Comportamiento y salud*, una puesta en escena en la que uno de los actos era *Belencito corazón*. Interpretaban en vivo y en multiformato ese bolero de Pedro Infante, *Amorcito corazón*, pero la letra era una recreación de una serie de fotografías de Juan con anuncios y avisos de buses, bares, tiendas, esquinas, señales de tránsito...

Esos amigos, más otros que fueron apareciendo, decidieron reunirse a tocar, a cantar y a improvisar, y les salió bien. Se sentían a gusto, y tenían muchas cosas por decir. Ese fue el origen de Parlan-tes. Cuando menos lo pensaron, ya tenían ocho canciones listas. Decidieron entonces presentarse en bares y tabernas, y en 2002 grabaron su primer álbum.

—Nuestra intención —cuenta Camilo— era encontrarnos a través del sonido

y las palabras, y compartir aquello que disfrutábamos tanto haciendo.

En Parlantes, Camilo profundizó su aproximación acústica al lenguaje. Con la activa y creativa participación de sus compañeros, lograron que las canciones de la banda sonaran a Medellín, en temas con ritmos contagiosos, parlache y, sobre todo, mucha prosa, propia y referenciada, que les daban a su música un singular toque de frescura y originalidad.

En ese contexto nacieron canciones como *Stella maris*, con su famosa proclama “mi destino es errar en el fondo del bar”, donde poco importa si el oyente entiende “mar”. Con *Rodadero* y *Ladran perros*, Camilo tuvo la posibilidad de poner a prueba sus propias vivencias, que se volvieron poema y luego canción al estilo Parlantes. Ese estilo se ha mantenido hasta la actualidad, en temas como *Biela*, un homenaje a los ciclistas colombianos que se parten el lomo en las

carreteras europeas, y a todas aquellas personas que aman montar en cicla; una mezcla de narraciones y expresiones deportivas de fondo (“¡Haga el cambio!”), toda una metáfora del camino que encumbramos, día a día, cuesta arriba y cuesta abajo:

Quando el mundo se pone... ¡Asciede,
[trasciede!]

Caso aparte, a propósito de los retos que impone el deseo de armonizar la música y las palabras, es la canción *El sueño de Pedro*, un sueño real de Pedro Villa, el bajista, alimentado por los versos de Calderón de la Barca y alguna estrofa de *El pescador* de José Barros, más la amenaza siempre latente del apocalipsis:

Últimos atardeceres en la tierra
Animales de agua dulce tendidos en la
[arena]

Orillan sus tibios cuerpos, descansan,
[endulzan su paz, su pena
Un niño camina sin tocarlos
Pisadas musicales niegan el miedo
[sobre la arena
Salta, en pijama de cuadros, no molesta
Porque en el sueño de Pedro...

Un sueño en el que se sueña con que todos conversen, celebren y, ojalá, despierten.

Desde que apareció, el mundo se está acabando

Un reto indiscutible del arte y la poesía es, justamente, el efecto de esas visiones apocalípticas que nos dejan el cambio climático, las islas de basura que flotan en el Pacífico, el microplástico que ya se ha encontrado hasta en la sangre y en la leche materna, la inminencia de una guerra nuclear que nos acabe o nos devuelva al Paleolítico... Todo esto, sumado a la fragilidad de nuestra especie que el Covid puso en evidencia, ha provocado una nueva epidemia de enfermedades mentales, de desasosiego y melancolía, que afecta sobre todo a los jóvenes.

—Sabemos que se nos va a acabar la vida, y en función de esa condición nos atrevemos a escribir un verso o una carta, a componer una canción, a bailar con una persona, a hacer cosas mientras tanto. La consciencia de la mortalidad está ahí, es un escenario en el que no es fácil imaginar un nuevo amanecer o esplendor, pero bueno, vamos a ver qué pasa esta noche.

Para Camilo, estas visiones pesimistas no son exclusivas de nuestro tiempo. En la historia hay cortes similares, escenarios dramáticos. Hoy, claro, la información circula con mayor fluidez e irresponsabilidad (todo hay que decirlo); encontramos ese *maremágnum* en las noticias, en las películas, en el reloj del fin del mundo. Y no hay otra manera de considerar el hecho fatal de esa consciencia sino combinándolo con lo que hacemos: viviendo intensamente la vida y creando como una manera de encontrar nuestro lugar en el mundo.

Seguro encontraremos respuestas. Y si, como dice Erica Jong en uno de sus poemas, viene el fin del mundo, pues lo recibimos con alegría.

El reto de ser profe

—La universidad está cambiando de un modo que me parece muy permisivo. Hay una disminución en la exigencia que permitiría a aquellos estudiantes más aplicados consolidar un interés o sacar más provecho de un curso. ¿Estás estudiando literatura? Tenés que leer. No hay otro modo. Pero la universidad dice que no, que la carga de lectura no debe ser muy exagerada, y eso resulta contradictorio. Es como si pensáramos que los alumnos quieren estudiar literatura pero no mucho.

De su experiencia como profesor, a Camilo lo reconforta que haya tres o cuatro estudiantes que siempre están ahí, atentos; que reclaman y encuentras nexos. Esos a los que un poema los lleva a una película,

y la película a una novela o a una canción en la que encuentran resonancias.

—Ese es el momento ideal de una clase, cuando la cátedra revienta y se expande.

Resulta paradójico encontrar jóvenes que quieren estudiar cine y no se ven una película, sueñan con la actuación y el teatro pero no pisan nunca una sala, desean ser pintores y jamás se pasan por un museo o una exposición. Como si fuese posible para un enamorado de la música clásica cabecear mientras escucha en vivo la *Sinfonía del Nuevo Mundo* de Antonín Dvořák. Después de todo, el placer de leer a Virgilio llega después de la aburrición de aprenderlo, como decía Borges.

—En el arte toca pasar maluco para alcanzar un mayor nivel de disfrute y de goce —afirma Camilo—. Hay textos que son complejos, pero no por eso podemos despreciarlos. Como *El otoño del patriarca*. Yo traté de leer la novela en el colegio,

en una edición de Oveja Negra feísima, y no pude, qué pena. Hay batallas que uno pierde, textos con los que uno no es capaz, pero ya llegará el momento. En cualquier caso, por esas concesiones que hay ahora en la universidad, muchas de esas experiencias se las estamos ahorrando a un grupo importante de personas, creyendo que se pueden frustrar.

La música de las palabras

Según Camilo, no hay un método para promover esa amalgama de sentires que se desprenden de combinar música y literatura.

—Hay obras que utilizan ese recurso. Cuando uno está leyendo *El perseguidor* de Cortázar, por ejemplo, quiere oír la música de Charlie Parker; el texto nos convoca a conocer el jazz porque el personaje parece saber mucho de eso. En la música hay algo que genera un trasfondo del cuento, una forma muy interesante de entender la manera como se desquician el tiempo y la experiencia. Porque hay momentos donde uno dice: “¡uy!, pero qué pasó”. Y entonces uno está autorizado a creer que la música puede dar la clave para entender esos esguinces, esos cambios. Pero, en general,

estamos acostumbrados a que sean las imágenes y no la acústica las que recreen el modo representativo del lenguaje escrito. Lo que hacemos es reconstruir una imagen, y por eso desilusiona que Brad Pitt sea Aquiles en la versión cinematográfica de la guerra de Troya, pero no se nos ocurre que el mar no suena así o que a esa tormenta le faltaron truenos.

Se piensa que somos una cultura visual, voyerista. Como si nos hubiéramos vuelto sordos. Como si al leer no funcionaran los oídos. Y claro que funcionan. Como Camilo con sus recuerdos sonoros, todos tenemos una sonata, un movimiento de una sinfonía, una canción que nos transporta a otro momento de la vida, que nos deja perplejos y al final nos reconcilia con la nostalgia.

También es cierto que el sonido puede perturbar, como en esta entrevista que grabamos en un café, donde el murmullo de fondo de los comensales dificulta la transcripción.

—Hay gente que puede leer en un bar, con la música a todo taco —dice Camilo, agarrando el toro por los cuernos—. Pero hay sonidos que no conjugan con ciertas maneras de leer, y textos, sobre todo poéticos, que tienen un modo de organizar su dinámica que es fundamentalmente sonoro. Y así uno esté leyendo mentalmente, hay un ritmo, hay un flujo: la puntuación, la manera como se organizan las estrofas o los párrafos, todo eso tiene que ver con tomar aire, no físico (aunque también), sino de flujo, de la comprensión mental necesaria para seguir en ese flujo; no sé, las parrafadas de Proust en *En busca del tiempo perdido*, o las de Germán Espinosa en *La tejedora de coronas*, o las de Joyce en *Ulises*. Es una apuesta que tiene todo que ver con lo que el lenguaje produce al conjugar sonido y sentido.

Volviendo a *Celebración del poema*, podemos hacer nuestras estas palabras de Camilo Suárez:

La equivalencia entre sonido y sentido surgida de la función poética produce una duplicación de las instancias del poema que no anula la referencia, sino que la desdobra, la hace ambigua. Uno de los principales alegatos contra la referencia poética se basa en la imposibilidad de verificación empírica de la misma, pero tal postulado proviene del positivismo lógico, que resulta incompatible con la naturaleza de la poesía.

El arte como oficio

Para Camilo, conocer la obra de los grandes maestros, sumergirse en ese vasto universo de la literatura, puede generar una especie de efecto paralizante que nos impela a callarnos.

—Los maestros ya dijeron eso de este modo, yo qué me voy a meter con eso. Yo qué más voy a agregar.

Como en *Dezir*, el poema de Rubén Darío:

En el reino de mi aurora
no hay ayer, hoy ni mañana;
danzo las danzas de ahora
con la música pagana.

—Pero también se puede pensar —continúa Camilo— que ese verso le puede dar entrada a un tema tan sencillo y en apariencia

trivial como madrugar. ¿Cómo recrear ese mundo de los madrugadores? Piensa uno en los obreros, en la gente que tiene que madrugar a trabajar para vivir, y de pronto por ahí se arma la estrofa de una canción o un poema.

Después de todo, el arte es un pastiche. Como decía Picasso, el artista mediocre copia, y el genio, roba.

—Hay algo que nos trae sosiego, y es que no existe el punto cero, nadie arranca de la nada. Y a esos autores que hoy nos arrebatan y conmueven también les tocó hacer la tarea de leer a los clásicos y a sus contemporáneos. En ese sentido, lo creativo es un oficio un tanto extraño pero profundamente gratificante. Y la manera de enseñarlo, de adentrarnos en la hermenéutica de la poesía, es un placer adicional.

Como desarmar un reloj de cuerda para ver cómo funciona, me digo, y Camilo, como si adivinara, da su veredicto:

—Muchas veces dicen que lo que se hace es una especie de disección de los poemas. Pero no. Descubrí que había una posibilidad de aclarar por qué me gustaban ciertas cosas a través de esa permanencia en un texto, en un verso, y hasta en ciertas palabras. Así entendía algo que en un primer momento me había llamado la atención y en un principio no entendía muy bien por qué. Ese análisis, esas separaciones, lo que me dejaba era la explicación de por qué eso me había fascinado.

Camilo llega al punto, al meollo, cuando afirma:

—Los poemas no son como esos pobres sapitos que diseccionábamos en el bachillerato. El poema no va a sufrir ningún daño, al poema no le va a pasar nada si lo desglosamos y analizamos, y cualquiera lo puede volver a leer sin que se le note el menor trauma. El análisis no ejerce el poder lesivo que se le atribuye cuando se dice

que mata el goce. No, antes lo cualifica. Esa actitud reflexiva sobre las obras lo que hace es potenciar el goce, y permite entender cosas que habían aparecido como una impresión positiva: ahora tengo argumentos y palabras para mostrar dónde está el encanto, de qué parte de aquel verso pude obtener una sensación determinada. Es algo fascinante ver cómo unas palabras se juntan y logran crear una impresión tan fuerte en alguien que las va a recordar por siempre.

Como dijera Federico García Lorca, “poesía es la unión de dos palabras que uno nunca supuso que pudieran juntarse, y que forman algo así como un misterio”.

Para Camilo, la palabra por sí sola es música. Y eso es algo que es necesario entender y transmitir. Vale decir: la palabra cacofonía es cacofónica.

—Ese tipo de juegos son maravillosos, son de una potencia y una riqueza enormes

—sigue Camilo—. Y esa es una fascinación que uno quisiera compartir con otras personas.

En un proceso de formación artística también hay que tener en cuenta la disciplina, la búsqueda incesante de nuevas posibilidades, de otras maneras de contar y poner a sonar ese pedacito de historia que nos tocó en Medellín, en este encuentro entre dos milenios y dos siglos: una tarea indelegable, porque son nuestros creadores, nuestros poetas, nuestros músicos, los únicos que pueden aportarnos su visión y versión del momento. Ahí no cabe conformarse con lo que nos puedan decir al respecto Heródoto o Cervantes, Shakespeare o Balzac, Pamuk o Auster, porque así la historia quedaría trunca.

Podríamos finalizar diciendo que el término *recrear* tiene la ductilidad suficiente para abarcar *entretenimiento* y *compromiso*, *diversión* y *tributo*. Basta entender que solo

leyendo y escribiendo, cantando, danzando
y creando, recreando y persistiendo, se nos
revela el arte de coger oficio.



Esta publicación es fruto de la estrategia
Mirar Distinto - Colaboratorio LEO, realizada
por la Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín
y Comfenalco Antioquia para fomentar bibliotecas
más humanas en nuestras comunidades.
Medellín, Colombia, 2024.

Una publicación de:

Comfenalco
Antioquia

PCLEO
En Medellín
tenemos *la palabra*


Alcaldía de Medellín
Ciencia, Tecnología e Innovación

Una publicación de:

Vigilado Supersubstituto

Comfenalco
Antioquia

PCLEO

...
En Medellín
tenemos *la palabra*



Alcaldía de Medellín
Ciencia,
Tecnología e Innovación

ISBN: 978-958-8479-42-2



9 789588 479422